

rian á mal que él se metiese en arreglarlos en un punto tan interesante como el de la Religión, podían figurarse que causarían igual desagrado, si ellos tratasen de mezclarse en asuntos de esta naturaleza en los Estados que no eran suyos: que podrían quejarse, interceder, intrigar, y aun tal vez amenazar; pero que no había probabilidad de que pasasen mas adelante: que á la verdad podría suceder que los calvinistas mas obstinados y revoltosos abandonasen el pais, pero que el Estado ganaría en esto en lugar de perder; y que aquellas gentes allá mismo, despues de haber experimentado la dureza y envidia de los estrangeros, y todo cuanto tiene de duro y fastidioso un destierro, aunque sea voluntario, se tendrían por muy dichosos en poder volver á su patria con las condiciones que el Soberano tuviese á bien prescribirles.

Dirijiéndose inmediatamente á los Consejeros de Estado que no eran de opinion que se llevase á efecto su memoria en todas sus partes, les preguntó, que tiempo podría hallarse jamas que fuese mas á propósito para su ejecucion, que aquel en que se encontraban: que vivían en una paz profunda bajo el dominio de un Príncipe poderoso, apreciado y temido de sus vecinos, vencedor de aquellos mismos pueblos con cuya union se trataba de amedrentarle, respetado y amado de sus vasallos, y en estado de emprender todo cuanto creyese conveniente para sus pueblos: que él sabia mejor que ningun otro, si el asunto de Saluces era un obstáculo para lo que trataba de hacerse en el Chablais, pero que todo el mundo sabia tambien que el Rey Cristianísimo había consentido en que la decision de aquel negocio quedase al arbitrio de su Santidad, y que dependia del Duque de Saboya el terminarlo por la via de la dulzura.

Habiendo acabado Francisco de hablar, se levantó el Duque, y le concedió en el acto todo lo que había pedido á escepcion de dos artículos, cuya ejecucion le pro-

metió que no se retardaria por mucho tiempo. Le permitió particularmente que se pusiese en posesion de la Iglesia de San Hipólito, y que se celebrase en ella la misa y el oficio divino: le prometió darle cartas para los empleados de la ciudad, en las que les daría á entender su voluntad, y para el gobernador del Chablais, á fin de que tomase parte en la ejecucion de sus designios; y le encargó, que cuando estuviese de vuelta en aquellos lugares, le diese cuenta á menudo de todo lo que acaeciese.

Francisco tuvo aun algunas conversaciones particulares con el Nuncio del Papa: le habló de las órdenes que había recibido de su Santidad tocantes á Teodoro de Beza, y las razones que había tenido para dejar su cumplimiento para cuando estuviese de vuelta. El Nuncio aprobó su conducta, y le ofreció que haría que la aprobase su Santidad, le aseguró del aprecio y confianza que en él tenía, y le prometió ser su abogado cerca del Papa y del Duque de Saboya, para que tuviesen efecto las cosas que se le habían prometido. *Tendreis necesidad, le dijo, de este apoyo: el Príncipe tiene buenas intenciones; pero rodeado de Consejeros tímidos ó ganados por los hereges, todo les atemoriza; y harán cuanto les sea posible para apartarle de sus buenos intentos: pero él os dado su palabra, y yo no dejaré de hacer cuanto pueda para obligarle á que la cumpla.*

Entretanto, habiendo dispuesto Francisco todo lo necesario para su viaje, tuvo la última audiencia con el Duque. Aquel Príncipe le entregó las cartas que le había prometido, y ademas otras para que tomase de su Real Patrimonio todo lo que necesitase para su manutencion y la de los misioneros. Esperaba el Duque que le pediría alguna gracia para sí, ó á lo menos el que se le reintegrase de lo que había adelantado; pero viendo que nada de esto hacia, se lo dijo finalmente él mismo con tales pruebas de afecto, que cualquiera otro que

Francisco no hubiera dejado de aprovecharse de ellas.

Francisco se valió de esta ocasion, no para tratar de sus propios intereses, sino de los del Cabildo de Ginebra á cuya cabeza se hallaba. Representó pues al Duque las grandes necesidades de aquel cuerpo, desde que sus fincas habian sido usurpadas por los ginebrinos, y la imposibilidad en que se hallaba de celebrar los divinos officios con la decencia que requería el ser la primera Iglesia de una Diócesis: que los Papas Pio IV y Gregorio XIII teniendo esto en consideracion, les habian eximido del pago de los diezmos, cualquiera que fuese la causa porque pudiesen pedírselos: que sus oficiales sin embargo no dejaban de exigirlos; y que le suplicaba que concediese al Cabildo el goce de aquella inmunidad, y le otorgase el volver á entrar en posesion de los bienes usurpados que estuviesen dentro de sus Estados, y particularmente en el priorato de Armoy, al que tenían derechos incontestables.

Movido el Duque de su desinterés, le concedió al punto lo que pedia, é hizo que se espidiesen inmediatamente las órdenes al efecto: le aseguró que iria dentro de poco á ayudar en persona sus buenos designios: y le declaró que no dilataba mas que hasta entonces la ejecucion de los dos artículos de su memoria que trataban de los ministros y magistrados calvinistas; y le despidió con mil pruebas de benevolencia y aprecio.

Continuaba entretanto el invierno sin aflojar en nada de su rigor, y los Alpes cubiertos de nuevas nieves que habian caído despues de su llegada á Turin, parecia que se oponian á su regreso. El Duque de Saboya, el Nuncio del Papa y todos los amigos que se había adquirido en la Corte, eran de parecer que aguardase á una estacion mas templada para marchar; pero Francisco, que no estaba acostumbrado á cuidarse, cuando se trataba de los intereses de Dios, y que estaba persuadido por otra parte de que su presencia era necesaria en Tonon,

no se dejó vencer por ninguna de cuantas razones le dieron, para que no marchase. Todas las precauciones que tomó, fueron el irse por el pequeño San Bernardo, por donde efectivamente era menos malo el camino. Habiendo llegado á Tonon, fué á ver á todos los católicos, y notó con la mayor alegría, que nada habian perdido de su anterior fervor durante su ausencia: encomendó á sus oraciones el restablecimiento de la Religion católica en Tonon y en todo el Clablais: les enseñó la orden que traía del Duque, y pasó él mismo muchos dias en oraciones y ayunos para pedir á Dios que aquel restablecimiento se hiciese sin disensiones, y que tuviese á bien apartar al Duque de los extremos á que podria dejarse arrastrar, si se oponian á la ejecucion de su voluntad.

Se acercaba la Natividad, y como Francisco y todos los católicos deseaban con ardor que la Iglesia de San Hipólito, de que se les había permitido tomar posesion, fuese restablecida para celebrar la misa en ella el dia de aquella gran festividad, se apresuró á entregar al gobernador del Chablais y á los Síndicos de Tonon las cartas que el Duque les escribia al efecto. El gobernador le ofreció toda la proteccion que para ello necesitase, y le rogó que le diese exacta cuenta de todo cuanto sucediese en Tonon.

Pero apenas hubieron recibido los Síndicos las cartas del Duque, en que se les mandaba que entregasen á los católicos la Iglesia de San Hipólito, y que no estorvasen en modo alguno la celebracion del culto divino que debia hacerse en ella por orden suya, cuando ellos mismos promovieron la sedicion. Un instante despues se cerraron las puertas de la ciudad para impedir al gobernador y á los católicos del campo que viniesen al socorro de los de la ciudad: al mismo tiempo los calvinistas corrieron á tomar las armas: una parte de ellos cercó la Iglesia de San Hipólito, y la otra corriendo la ciudad amenazaba pasar á cuchillo á todos los católicos, y que-

mar vivo á Francisco de Sales en medio de la ciudad. Los católicos alarmados de su propio peligro, y aun mucho mas del de su Pastor, tomaron las armas por su parte, y no reconociendo otro gefe que él, y en su persona al Duque de Saboya, cuyas órdenes ejecutaba, amenazaban á su vez con vender bien caras sus vidas, y que las cabezas de los Síndicos les responderian de la de Francisco: eran bastantes en número y bastante bien armados, para que se les despreciase: la autoridad del Príncipe que estaba en su favor, aumentaba su denuedo: y la desesperacion á que los reducía la violencia de los calvinistas, sin que pudiesen prometerse transaccion alguna, hacia temer cualquiera cosa de su resentimiento. Se conoció tambien que alguna persona de suposicion daba las órdenes por bajo mano; porque se apoderaron con mucho orden de los puntos mas ventajosos, en donde un pequeño número podía hacer frente á otro mucho mayor. El poner en salvo á Francisco fué uno de sus primeros cuidados: rodearon su casa, y por mas que les dijo que no trataba de oponer la fuerza, y que la mayor dicha que podía sucederle era el morir por una causa tan justa como la que defendía, no le fué posible lograr que se retirasen.

Llegó en esto la noche, y habiéndose retirado para tomar algun descanso los calvinistas que cercaban la Iglesia de San Hipólito, se apoderaron de ella los católicos á su vez, y Francisco que tenía los obreros preparados al efecto, mandó que empezasen á recomponerla. Apenas lo supieron los calvinistas, cuando volvieron de nuevo á las armas: y los dos partidos, despues de haberse estado amenazando largo rato, estaban ya dispuestos á acometerse, cuando Francisco, cuya estremada dulzura no podía sufrir la menor violencia, se puso entre ambos con gran peligro de su vida. Su presencia contuvo á los católicos, y suspendió el furor de sus enemigos. Llamó á los Síndicos, y hablándoles en voz alta, que podía

ser oída de todos, les hizo presente con mucha firmeza, que si él emprendiese de su propia autoridad el volver á los católicos la Iglesia de San Hipólito, tendrian algun derecho para oponerse á ello; pero que aun así debía ser ante un tribunal, y no con las armas en la mano, que no era permitido tomar sino con orden del Príncipe, para su servicio, y nunca contra sus intenciones: que ellos sabian mejor que otro alguno que él nada hacia sino con órdenes del Soberano: que él mismo les habia puesto estas órdenes en sus manos: que sin embargo muy lejos de cumplirlas, como estaban obligados por su cargo, se veian por orden suya, ó á lo menos con su consentimiento armados los vecinos unos contra otros, formando el motin, y despreciadas las órdenes del Príncipe: que la cosa habia llegado ya muy adelante, y que por poco mas que se adelantase no podría espiarse la falta cometida sino con la completa destruccion de la ciudad: que no trataba de ser su delator, pero que estando encargado de las órdenes del Príncipe, no podía eximirse de darle cuenta del modo con que se habian ejecutado: que la intencion del Duque no era la de quitarles la libertad de conciencia que les habia concedido; pero que era justo que teniendo ellos tantos otros sitios donde podian reunirse, los católicos que eran ya bastantes en número, tuviesen á lo menos uno para la práctica de los ejercicios de su Religion: que nada se les tomaba que fuese suyo, que ellos no habian hecho construir la Iglesia de que se trataba: que esta habia pertenecido á los católicos por espacio de muchos siglos, y que ellos no hacian sino volver á entrar en posesion de una finca, de que se les habia despojado con una violencia de que ellos mismos se lamentarian, si la hubiesen experimentado: que era cosa nunca oída que un Soberano no pudiese dentro de sus Estados dar á aquellos de sus vasallos, que quisiesen profesar la misma Religion que él profesaba, un lugar en donde pudieran reunirse:

que él les exhortaba pues, por el amor que debían á su comun patria, y por el cuidado que debían tener de su propia conservacion, que abriesen los ojos á vista del peligro á que se esponían si continuaban desobedeciendo á su Príncipe: que él se ofrecía á ser su mediador cerca de su Alteza Real, si querían volver á entrar en su deber; pero que todo se debía temer de su justicia, si continuaban oponiéndose á la ejecucion de su voluntad.

Este discurso fué recibido con grandes aplausos por parte de los católicos; pero por la de los calvinistas no se respondió á él sino con injurias: se oían por todas partes voces confusas que le llamaban papista, idólatra, hechicero, perturbador de la tranquilidad pública, enemigo declarado de la patria; y ya estaban prontos á cometer los mayores excesos, cuando algunos de los menos furiosos del Consejo juzgaron conveniente el proponer una composicion. Esta proposicion suspendió el furor del pueblo: entraron juntos en la casa de Francisco, que estaba bastante cerca de aquel sitio, y le hicieron mil proposiciones distintas; pero como todas ellas tiraban á suspender la ejecucion de las órdenes del Príncipe, hasta que ellos le hubiesen dirigido una esposicion, y recibido la respuesta, Francisco las desechó con una firmeza que les dejó admirados: pretendía Francisco por su parte que por lo pronto debían ejecutarse las órdenes del Soberano, y añadió, que si ellos recibían una respuesta favorable no habria necesidad de tomar las armas para obligarle á obedecerla. Los Consejeros desesperados de no poder lograr cosa alguna, le amenazaron con que le harían asesinar por un calvinista que fingiría que trataba de convertirse; pero Francisco les respondió con una confianza que acabó de confundirlos, que ya habían podido conocer que él no temía la muerte, y que todo el disgusto que experimentarían al perder la vida por una causa tan buena, sería el pensar en que la venganza sería terrible, y que ninguno de ellos escaparía al resentimiento del Príncipe:

que reflexionasen bien lo que les convenia, y en lugar de persistir en su obstinacion, tratasen de hacer entrar al pueblo en su deber. Los Consejeros hicieron aun algunas instancias; pero al fin se retiraron despues de haber protestado de todo lo que pudiera suceder, si él se obstinaba en llevar la cosa mas adelante.

Sin embargo habiendo reflexionado en las desagradables consecuencias que podria tener aquel negocio, dijeron al pueblo, que se habia convenido en escribir al Príncipe por una y otra parte, y que no dudaban que el Duque mejor informado les haria justicia, y que entretanto para hacer ver el respeto que se tenia á sus órdenes, se habia resuelto ejecutarlas sin perjuicio de manifestar su oposicion. Asi se puso Francisco en posesion de la Iglesia de San Hipólito: la hizo reparar y adornar con una prontitud increíble, y todo estuvo concluido para la fiesta de Navidad.

La noche de aquella gran festividad, habiendo concurrido los católicos no tan solamente de la ciudad sino tambien los de las aldeas vecinas, celebró en su presencia el santo sacrificio, que hacia un siglo que estaba desterrado de aquellos lugares: dió por su mano la comunión á ochocientas personas: predicó con su acostumbrado celo, y toda la noche se pasó en alabar á Dios, que despues de haberlos abandonado por tanto tiempo á los deseos de sus corazones, los habia llamado por fin á su verdadero conocimiento. Las fiestas siguientes continuó en los mismos ejercicios de devocion, y el cielo echó una bendicion tan abundante sobre sus trabajos, que los vecinos de tres aldeas inmediatas fueron allí en masa á abjurar la heregía.

No es fácil comprender como un solo hombre podía resistir á tantas fatigas. A proporcion que se aumentaba el número de los católicos, multiplicaba tambien sus conferencias é instrucciones: recibía á toda clase de personas, tanto en público como en secreto, sin temor á las

amenazas de los hereges, que estaban admirados de su valor y de su firmeza: concurría á los funerales, asistía á los enfermos, iba él mismo á las chozas y barracas á visitar á las personas desamparadas: nada escapaba á sus cuidados: su caridad se estendia á todas partes: tan perene estaba hallado de las personas de la mas baja condicion, como al de las personas mas distinguidas por su nacimiento ó por sus empleos: se hacia todo para todos; y como no veia sino á Dios en todas las cosas, y sabia que todas las almas le eran igualmente queridas, tenia tanto cuidado del pobre como del rico, y media su caridad con las necesidades, y no con las cualidades de los sugetos.

Despues de haber pasado el dia en tan penosas funciones, la noche no era para él un tiempo de descanso: empleaba una parte de ella en administrar los Sacramentos á los enfermos. Temia que los hereges le faltasen al respeto durante el dia, y que se veria obligado por esto á dirigir sus quejas al Duque, que habia mandado espresamente, que no se perturbase á los católicos en el ejercicio de su Religion: recelaba pues que de comprometerse, el odio que se podria atraer por las quejas que se veria precisado á dar, recaeria sobre la Iglesia católica, é impediria los progresos de la fé. Asi él estaba siempre lleno de consideraciones caritativas hácia unas gentes, que lejos de tenerle alguna, no sabian tenerlas ni aun consigo mismos. Despues de haber descansado un poco las mas veces vestido, pasaba el resto de las noches en oracion, ó en componer las instrucciones que tenia que hacer al otro dia. La bondad de su temperamento le privó de que se resintiese por entonces de un trabajo, bajo cuyo peso hubiera cedido cualquier otro; pero lo cierto es que le quitó muchos años de vida: todo sale á la vejez, y jamas sucede que deje uno de resentirse en ella de los trabajos de la juventud. Sus amigos le exhortaban á menudo á que se cuidase; pero les respondia: *el que*

yo me cuide no es necesario; pero si lo es el que esté servida la Iglesia.

Las ocupaciones que se acaban de contar no impidieron el que escribiese al Duque de Saboya todo lo que habia sucedido en Tonon. Escribió al mismo tiempo al Nuncio, suplicándole que hiciese que la respuesta fuera favorable. Los Síndicos escribieron tambien por su parte: pero el Duque no tenia necesidad de empeños para apoyar á Francisco en una ocasion, en que se habia hecho un desprecio tan visible de su autoridad. La primera señal de su indignacion contra la ciudad de Tonon fué el no contestar á los Síndicos. La contestacion que dió á Francisco no pudo ser mas favorable: alababa en ella su celo y su prudencia: aprobaba todo cuanto habia hecho, y todo lo que juzgase conveniente hacer en lo sucesivo para el restablecimiento de la Religion católica, y le mandaba que enseñase su carta á los Síndicos y al Consejo. Francisco se la envió, y quedaron tan mortificados al verla, como sino hubiesen debido esperar que su conducta seria desaprobada.

Pero su sorpresa fué mucho mayor cuando vieron llegar á Tonon, sin que tuviesen noticia de ello, al regimiento del Conde de Martinenque, Teniente general de los ejércitos del Duque, que se alojó en la ciudad mientras esperaba las órdenes que debia recibir de la Corte. Francisco predicaba entonces la cuaresma en diferentes puntos del Chablais, en donde se ocupaba en destruir los planes de los hereges, en fortificar á los nuevos católicos, que se veian espuestos á grandes persecuciones, y en hacer todos los dias algunas nuevas conquistas para la Iglesia católica.

Apenas estuvo de vuelta en Tonon, cuando los oficiales del regimiento de Martinenque vinieron en cuerpo á visitarle: le dijeron que tenian orden de no hacer cosa alguna sin participárselo antes, y de obrar en las ocasiones que se ofreciesen del modo que él tuviese

á bien que lo hicieran. Pero Francisco, que no se pre-
 valia jamas sino en una estremada necesidad de los auxi-
 lios temporales, cuando se trataba de las funciones de su
 ministerio, no se sirvió de esta deferencia sino para obli-
 garles á vivir arregladamente, y para que fuesen lo me-
 nos gravosos que pudiesen á los habitantes de Tonon.
 Como vió su continua asistencia á sus sermones, varió
 de método, y en lugar de las materias de la contro-
 versia que eran su asunto ordinario, creyó que debia
 predicar una moral, que pudiese ser igualmente útil á
 los antiguos y á los nuevos católicos. Hizo el asunto de
 sus sermones el explicar las verdades capitales de la Re-
 ligion cristiana, es decir, aquellas que son comunes á
 todos los estados del cristianismo; y las sostuvo con tan-
 ta fuerza, y de un modo al mismo tiempo tan sencillo,
 que todo el mundo corria apresurado á oírle.

Dios bendijo la mira particular que se habia propues-
 to, de trabajar en la conversion de oficiales y solda-
 dos: vióse en poco tiempo un cambio parecido al que se
 ha contado de la guarnicion de los Allinges. Apenas
 quedó oficial ni soldado que no hiciese una confesion
 general, y que no recibiese la comunión de sus manos.
 Sucede muy frecuentemente que estas mudanzas no son
 duraderas, los hábitos vuelven á cobrar insensiblemente
 nuevas fuerzas, y los malos ejemplos, como tambien
 las ocasiones son tan frecuentes en la profesion de las
 armas, que es muy difícil el que los que la siguen no
 se dejen arrastrar al precipicio. Francisco preveia estos
 inconvenientes, y les dió sobre esto tan saludables con-
 sejos, que le suplicaron que se los pusiese por escrito,
 para que pudiesen consultarlos de cuando en cuando:
 hizolo así, y les dió al mismo tiempo unas reglas de vida
 tan cristianas y tan acomodadas á su estado, que nin-
 guno dejó de practicarlas. Con esto estando todo tran-
 quilo en el Chablais, y haciendo cada dia nuevos pro-
 gresos la Religion católica, Francisco creyó que se ha-

llaba en la obligacion de cumplir la comision que te-
 nia de su Santidad con respecto á Teodoro de Beza.

Pero este proyecto no era fácil de ejecutar. Beza, que
 tenia entonces setenta años, no salia ya de Ginebra; es-
 taba por decirlo así con centinelas de vista: y sea que
 los ginebrinos desconfiasen de él, ó por el aprecio en que
 le tenian, ó tal vez por lo mucho que gustaban de su
 conversacion, lo cierto es que su casa estaba siempre
 llena de gentes; y hubiera sido tanto mas difícil el ha-
 llarlo solo, cuanto que Francisco no tenia por conve-
 niente el hacerle sabedor de la visita que tenia intencion
 de hacerle. Ademas Francisco era muy conocido en Gi-
 nebra; y lo que habia pasado en el Chablais le habia
 hecho tan odioso á los ojos de sus habitantes, que era
 muy espuesto el atreverse á ir á aquella ciudad: el obje-
 to de su viaje aumentaba aun mas el peligro: un nego-
 cio tan difícil como el de que se trataba, no podia termi-
 narse en una sola visita: no podia pues menos de hacer
 muchos viajes, y era moralmente imposible que los
 ginebrinos no llegasen al cabo á traslucir algo de su in-
 tento. Hubieran mirado este infaliblemente como un aten-
 tado que merecia castigarse; y no les era difícil desha-
 cerse de Francisco de un modo tan secreto, que hubiese
 sido imposible el saber lo que se habia hecho de él. En
 un Gobierno popular como el de Ginebra, en donde
 la subordinacion no se halla jamas tan bien establecida
 como en el monárquico, no faltan gentes atrevidas y em-
 prendedoras, y nadie ignora que un celo ciego guiado
 por el mas poderoso de los motivos, que es el de la Re-
 ligion, es capaz de hacer emprender cualquiera cosa.

Los pocos amigos con quienes comunicó Francisco su
 intencion, no dejaron de hacerle estas reflexiones, y nada
 omitieron para apartarle de ella; pero no conocia los
 peligros cuando se trataba de la gloria de Dios. Se con-
 tentó pues con escribir en primer lugar al Obispo de
 Ginebra, al Cabildo, y despues á todas las personas vir-

tnosas que conocia, y capaces de guardar un secreto, rogándoles que encomendasen á Dios el feliz éxito de aquella empresa: redobló él mismo sus oraciones y ayunos; y como sabia que la conversion de un pecador endurecido no puede venir sino del Padre de las luces, que de las mismas piedras, cuando le place, hace nacer los hijos de Abrahán, empleó muchos dias en pedirle aquel espíritu de fortaleza y de circunspeccion, que hace que salgan bien los mas dificiles negocios. Con esto lleno de celo y de confianza, y dejando á cargo de Dios el cuidado de la conservacion de una vida que iba á esponer en su servicio, partió para Ginebra.

Felizmente estaba solo Beza cuando Francisco llegó á su casa. Este era un momento precioso que debia aprovecharse: así fué, que despues de los cumplidos regulares, habiendo tomado Francisco la palabra, le dijo á Beza, que no habiendo tenido hasta entonces el honor de conocerle, le suplicaba que no juzgase de él por las horrorosas pinturas que hubieran podido hacerle: que era el hombre del mundo que mas apreciaba la buena fé: que no iba á sorprenderle, ni á hacer público lo que pasase entre los dos: que por poco que tuviese á bien examinar su aire y modales, se aseguraria de que no habia en ellos sino candor y sinceridad: que Dios habia como grabado en su rostro el caracter de su corazon y de su espíritu, y que aun cuando tratase de engañar á alguno, de lo que era incapaz, no se dirigiria para ello á un hombre de su mérito y reputacion.

Francisco tenia en efecto una fisonomía tan favorable y un aire tan grande de rectitud y probidad, que no peligraba en referirse al juicio que de él podia hacerse mirándole; y lo mal que se habia hablado de él en toda Ginebra, no le permitia tratar de adquirir desde luego la confianza de Beza, que le era tan precisa para salir bien con su intento, sino destruia antes las odiosas impresiones que de él podia tener. Beza por su

parte se picaba de ser muy franco: se aprecia casi siempre á las gentes que son de un mismo caracter, y el camino mas seguro del corazon es la conformidad de genios: aquel preludio de Francisco no desagradó á Beza: le contestó con mucha urbanidad que siempre le habia tenido por un hombre de cualidad, y de un mérito distinguido: que sus mismos enemigos convenian en que era hombre de ciencia y de capacidad: que él en particular estaba tanto mas admirado, cuanto que era extraño en su edad el poseer los conocimientos que él poseia: pero que no podia menos de compadecerse, de que emplease tantos talentos en la defensa de una causa tan mala como la de la Iglesia Romana.

Francisco, que no podia perder el tiempo, tomó ocasion de estas últimas palabras para entrar desde luego en materia, y lo hizo preguntándole, si estaba efectivamente convencido de que no se podia lograr la salvacion en la Iglesia católica: esta pregunta era una consecuencia legitima de lo que Beza acababa de decir: sin embargo se quedó tan cortado, que despues de haber estado un rato sin responder, rogó á Francisco que le permitiese retirarse un momento á su gabinete para pensar mas seriamente en lo que habia de responderle: estuvo dentro de él cerca de un cuarto de hora, paseándose con precipitacion, con una turbacion en su rostro, que demostraba la agitacion de su corazon y la turbacion de su conciencia. Francisco empleó aquel rato en rogar á Dios con un fervor extraordinario, que tuviese á bien usar de misericordia con aquel hombre, á quien ya habia hecho tantos beneficios, y el que por su avanzada edad estaba próximo á caer en manos de su justicia.

Pero hay delitos de los que uno no se reconoce jamas: los autores de las heregías y de los cismas lo han probado bastante por su desgracia, y no se hallan muchos que vuelvan sinceramente á la Iglesia despues que

salieron de ella una vez. Beza es un ejemplo que puede añadirse á muchos otros. Salió en fin del gabinete muy turbado por los remordimientos de su conciencia; y dirigiéndose á Francisco, le dijo: *vos me habeis preguntado si podia lograrse la salvacion en la Iglesia católica: estamos solos; puedo deciros mi verdadero modo de pensar: efectivamente yo creo que puede uno salvarse en ella.*

Francisco, aprovechándose de una respuesta que tantas ventajas le daba sobre Beza, le dijo, que él creia segun lo que habia dicho, que la Iglesia católica era la verdadera Iglesia, porque sino lo era, no era tampoco posible lograr en ella la salvacion: asi como no lo habia sido salvarse del diluvio universal sin estar encerrado dentro del arca. No contestando Beza á esto, prosiguió Francisco apurándolo, y preguntándole, ¿por qué habia abandonado la Iglesia católica, puesto que podia alcanzarse en ella la salvacion? ¿por qué habia renunciado á su comunión, y solicitado y arrastrado á tantos pueblos á seguir su ejemplo? Que únicamente la imposibilidad de lograr la salvacion podia haber autorizado una separacion que habia tenido, y aun tenia tan funestas consecuencias.

Beza respondió, que ellos no eran los autores del cisma: que á quien debia reconvenirse era á la Iglesia católica, que los habia excomulgado, echado de su seno, y condenado como hereges, con quienes no queria tener comunicacion alguna.

Francisco pretendia á su vez que la Iglesia católica no habia hecho sino lo que los calvinistas la habian puesto en la indispensable necesidad de hacer: que en todas las sociedades arregladas habia un juez en última instancia de todas las diferencias que podian suscitarse, fuese sobre la doctrina, ó fuese sobre cualquiera otra cosa: que los mismos calvinistas reconocian aquella autoridad suprema, y la ponian en el Sinodo nacional, asi como

los católicos la ponen en el Concilio general: que todos los particulares que componen la sociedad estan obligados á someterse á la decision del juez en última instancia: que cuando una vez habia sentenciado, debian atenerse todos á su fallo, pues de otro modo las contiendas serian eternas, y no podria terminarse ni la mas pequeña diferencia: que si sucedia sin embargo que algunos particulares permaneciesen obstinados en sus primeros sentimientos, y no quisiesen conformarse con lo resuelto por el juez en última instancia, y acaecia por esto que se separasen del resto de la sociedad para formar otras sociedades particulares, no podria acusarse de aquella separacion al cuerpo de la sociedad, que no habria hecho sino usar de su derecho, y seguir las leyes establecidas y reconocidas; sino que la culpa estaria enteramente de parte de los particulares, que no hubieran querido someterse á las leyes del cuerpo entero de la sociedad.

Añadió, que estas máximas generales debian aplicarse al hecho de que se trataba: que cuando Calvino y algunos de sus discípulos, que no eran sino unos particulares, nacidos y criados en el seno de la Iglesia católica, sometidos á sus leyes, y obligados á reconocer su autoridad, se habian sublevado contra ella, la habian acusado de muchos errores fundamentales y de haber corrompido la palabra de Dios, no era justo que se constituyesen en jueces de la diferencia como lo habian hecho: que era necesario apelar al juez en última instancia: que los católicos lo habian hecho: que se habia reunido el Concilio de Trento: que este habia hablado, arreglado y decidido: que los católicos segun el orden establecido se habian sometido á sus decisiones: que los calvinistas debian hacer otro tanto: que esto hubiera sido proceder segun reglas: que las diferencias se hubieran concluido, y aun vivirian juntos en la misma comunión. Pero que muy lejos de seguir sobre este punto las

reglas establecidas por el mismo Jesucristo, que concede á la Iglesia el juicio definitivo en todas las diferencias, se habian constituido ellos jueces en causa propia: que habian obrado aun peor, pues habian trastornado los templos consagrados al mismo Dios que adoraban, ó se habian apoderado de ellos con violencia, echando á los antiguos ministros que estaban en posesion: que habian edificado otros: que habian levantado altar contra altar: que se habian apoderado del ministerio, y que despues de haber substraído una parte de la Europa á sus Pastores ordinarios y legítimos, se habian erigido ellos mismos en párrocos de los pueblos, á pesar de la oposicion que puso aquella misma Iglesia, que él mismo reconocia por verdadera, y en la que confesaba que podia alcanzarse la salvacion. Y finalmente, ¿qué motivo podia haber despues de todo esto para acusar á la Iglesia católica de ser la causa del cisma, y de haber forzado á los calvinistas á salir de su seno por medio de excomuniones injustas y precipitadas?

Viendo Francisco que Beza no le interrumpia, le preguntó, ¿qué es lo que él haria en su comunión con respecto á unos particulares que emprendiesen contra ella, lo que habian emprendido los calvinistas contra la Iglesia católica?

Beza respondió, que no se les condenaria sin oírlos, como lo habia hecho la Iglesia católica con los calvinistas: y que si se veian obligados á condenarlos, se seguirian las verdaderas reglas de la fé; que era lo que no habia hecho el Concilio de Trento.

Francisco, que ya esperaba esta respuesta, replicó, que cuando se trataba de la condenacion de dogmas, no era absolutamente indispensable oír á los que habian sido los autores, que de otra suerte un libro publicado sin nombre de autor no podria condenarse por impío que fuese. Pero que aun habia alguna razon mas con respecto á los protestantes: que se les habia convidado al

Concilio de Trento: que se les habia esperado mucho tiempo, y que en ellos solos consistia el no haber asistido, y el no haber sido oídos: que ademas de esto se les habian ofrecido salvos conductos en debida forma, y todas las seguridades que pudieran desear: que por su falta las obras suyas que se habian publicado, y cuyo verdadero sentido no podia dejar de conocerse, habian sido examinadas, y no se habia creído que el empeño que tenian en no asistir al Concilio para defenderlas debiese impedir su condenacion: que asi se hacia en todos los tribunales arreglados, y que ellos mismos en una ocasion semejante no obrarian de otro modo.

Beza replicó, que los protestantes no habian rehusado sin fundamento asistir al Concilio de Trento: que es verdad que se les habian ofrecido salvos conductos; pero que todo el mundo sabia que los católicos tienen por máxima, que no se está obligado á guardar buena fé con los hereges: que la violacion hecha por el Concilio de Constanza del salvo conducto concedido á los Husitas, era una prueba tan pública, que no podia negarse en manera alguna: que despues de un ejemplo semejante, los que los católicos miran como á hereges, no podian ya fiarse en las seguridades que pudieran ofrecérseles, pues jamas habia habido un salvo conducto mas amplio, ni en mejor forma, que el que el Emperador Sigismundo habia concedido á Juan Hus, y á pesar de eso el Concilio de Constanza no habia dejado de violarlo en la persona del mismo Juan Hus, y en la de su discípulo Gerónimo de Praga.

Francisco respondió: que la reconvencion que se hacia á los católicos, de creer que se podia faltar á la buena fé con los hereges, era una antigua calumnia, que se habia refutado muchas veces, y á la que no sabia como podia aun recurrirse: que los católicos estaban persuadidos de que debia guardarse la fé, fuese quien fuese al que se le hubiese prometido: que el ejemplo del Conci-

lío de Constanza aun cuando fuese tal como él pretendia, ni ningun otro cualquiera que fuera que pudiera citarse, no era capaz de hacerles mudar de modo de pensar.

Añadió, que la pasion de los enemigos de la Iglesia habia ponderado con demasiada acrimonia lo que habia pasado en el Concilio de Constanza, y no habia dejado que se examinase aquel hecho con bastante equidad: que á la verdad el salvo conducto dado por el Emperador habia sido violado; pero que siendo entonces Constanza una ciudad libre, y siendo su Corregidor el Soberano, no habia otro que él que pudiese dar un salvo conducto, válido en el distrito de la ciudad y sus contornos: que en efecto Juan Hus habia obtenido uno de aquel Corregidor; pero que estando concedido con ciertas condiciones, y habiendo faltado á ellas Juan Hus y los de su comitiva, el Concilio habia juzgado que no estaba ya en obligacion de tenerles consideracion, y que no faltaria á la fé pública condenando á Juan Hus y Gerónimo de Praga, que le habian reconocido por juez, y que se habian sometido á su juicio; pero, que fuere de aquel ejemplo lo que fuere, no por eso hacia regla en la Iglesia católica, en la que se estaba muy convencido de que habiendo dado la palabra á cualquiera que pudiese ser, se estaba obligado á cumplirla. No habiendo replicado Beza cosa alguna, le preguntó Francisco de Sales: ¿cuál era la verdadera regla de fé que decia que no habia observado el Concilio de Trento? Beza le respondió, que la sagrada Escritura tan solamente era la verdadera regla de la fé; y que sin embargo el Concilio de Trento habia seguido otra en varias de sus decisiones.

Francisco no juzgó conveniente entrar en la discusion de aquel hecho; se atuvo al derecho, y respondió á Beza, que pudiendo tener varios sentidos la sagrada Escritura, y no esplicándose por sí misma, era preciso que hubiera en la Iglesia alguna autoridad, que tuviese

el derecho de esplicarla, y de determinar su verdadero sentido.

Beza replicó, que aquella autoridad no era necesaria, que cada fiel la tenia, que la sagrada Escritura no era obscura, y que el Espíritu Santo inspiraba suficientemente á todos los fieles para que lograsen entenderla.

Francisco no dejó de aprovecharse de aquella respuesta que le habia sido fácil prever. El punto era esencial: se trataba de la regla de la fé; es decir del fundamento de todas las disputas, el cual una vez mal establecido, todo lo que se edificase sobre él vendria abajo por sí mismo. Le preguntó pues, que puesto que la sagrada Escritura era tan clara, ¿de donde provenia que los mismos protestantes habian hecho tantos comentarios tan diferentes, y aun muchas veces tan opuestos? ¿Por qué Lutero, que pasaba entre ellos por un hombre como inspirado de Dios, habia entendido las palabras de la institucion de la Eucaristía en el sentido de la realidad, y Calvino en el sentido de la figura, que son tan opuestos? ¿Qué pruebas podia dar de aquellas inspiraciones del Espíritu Santo, concedidas á todos los fieles? ¿Que probabilidad habia de que se las hubiese dado antes á Calvino que á la Iglesia, á quien la sagrada Escritura llama *la columna*, es decir, *el apoyo de la verdad*? ¿Qué seguridad podia tenerse de que aquellas pretendidas inspiraciones fuesen del Espíritu Santo, y no del espíritu del error, que segun la misma Escritura se transforma muchas veces en angel de luz para seducir á los fieles? Beza se halló confundido con todas estas preguntas, que eran otras tantas pruebas convincentes de la falsedad de lo que él habia sentado. Pero como en el calor de la disputa se prefiere ordinariamente el responder mal á no decir cosa alguna, pretendió, que siendo absolutamente indispensable la inteligencia de la sagrada Escritura á la Iglesia, es decir, á los fieles que la componen, no podia dudarse que el Espíritu Santo,

que la gobierna invisiblemente, no se lo diese á entender por medio de inspiraciones secretas, puesto que este era el modo con que habia acostumbrado iluminar los espíritus y mover los corazones.

Como esto era responder siempre una misma cosa, Francisco continuó preguntándole, si el Espíritu Santo inspiraba á todos los que leían la sagrada Escritura con un deseo sincero de entenderla bien, ó solamente á algunos de ellos? Si inspira á todos, añadió, ¿en que consiste que los católicos no tienen semejantes inspiraciones, y se ven obligados á recurrir á la Iglesia, á la *columna de la verdad*, para poder lograr su verdadera inteligencia? ¿Se dirá acaso, que por medio de aquellas inspiraciones conoce cada uno en particular la verdad, y que estando todos reunidos en cuerpo ya no la conocen? Que si al contrario no tienen todas aquellas inspiraciones, sino solamente algunos, seria preciso que tuviesen señales ciertas para conocerla; porque si á cualquiera particular se le antojase decir que las tenia, no se estaria obligado á creerle bajo su palabra.

Estas objeciones eran mas que suficientes para destruir las pretendidas inspiraciones de Beza; pero Francisco, que queria acabar de convencerle de que bien lejos de que los calvinistas pudiesen alabarse de ser los reformadores de la fé, ni siquiera sabian cual era su verdadera regla, continuó apurándolo, probándole que supuestas las pretendidas inspiraciones, no se podia menos de convenir en que el Espíritu Santo inspiraba una cosa á los unos, y otra á los otros enteramente distinta. Citó sobre este particular á Lutero, que desecha ciertos libros de la sagrada Escritura que Calvino reconoce por canónicos, y que halla en la misma Escritura la realidad, mientras que el Espíritu Santo no ha revelado á Calvino sino la figura: pretendió en seguida que no era verosímil que Dios hubiese abandonado á todos los fieles por espacio de tantos siglos al error, y que hu-

biese reservado aquellas inspiraciones para algunos sujetos particulares del último siglo: que se hubiese ocultado á tantos Doctores humildes y sabios que se ocupaban únicamente en buscar la verdad, para descubrirse á solo Calvino, y ponerle en claro la verdad de nuestra creencia.

Francisco concluyó de todas estas reflexiones, que bien distante de que los calvinistas tuviesen el derecho de procesar á la Iglesia católica á causa de su doctrina, y de acusar al Concilio de Trento de no haber seguido la verdadera regla de la fé, ellos mismos no la conocian: que suponiendo que la sagrada Escritura era tan clara, que todo el mundo podia entenderla sin necesidad de ningun auxilio extraordinario, y dando á todos los particulares el derecho de interpretarla, era el verdadero medio de no convenir jamas en cosa alguna, y de introducir tantas Religiones cuantas pudieran inventarse: que por el contrario, admitiendo sin ningun fundamento las inspiraciones particulares, ademas de los inconvenientes que él habia manifestado, habia el de que esto era abrir un camino que conducia directamente al fanatismo.

Todo iba bien hasta aqui, y Beza que se preciaba de una gran moderacion, y que habia reprobado siempre los arrebatos en las disputas de Religion, habia confesado con Francisco con mucha dulzura y cortesía, hasta que para acabar de convencerle con un ejemplo tomado de los mismos calvinistas, de los inconvenientes que acababa de demostrar, creyó que debia añadir lo que muchos de los que aun vivian en aquella época, habian oido decir muchas veces al Duque de Saboya, Manuel Filiberto. Aquel Príncipe contaba, (prosiguió Francisco) que habia asistido al coloquio de Cormasa: que á él habian asistido una gran porcion de ministros, sin que faltase ninguno de los mas famosos: que se habia tratado ante todas cosas de producir sus confesiones de fé; pero que no habiendo podido convenirse, se ha-